

PEDRO MAIRAL

UN HERMOSO SILENCIO DE FRONTERA

Poesía
1996-2026

emecé

Pedro Mairal

Un hermoso silencio de frontera

Poesía

1996-2026

emecé | Biblioteca Pedro Mairal

La poesía nunca está quieta

Mientras selecciono para este libro los poemas que siguen resonando en mí, noto que a lo largo de estos treinta años pasé del lirismo entusiasta a la rima insolente, de la métrica al verso libre, del verso críptico al verso narrativo, de la canción al poema, de lo breve a lo extenso, del humor a la gravedad, y todo viceversa, en idas y vueltas, búsquedas y exploraciones. No sé si ese movimiento constante necesita una explicación. Pero quizá no venga mal una especie de mapa. Es decir, para los que prefieren perderse y encontrar su propio camino, este prólogo se puede saltar.

La primera vez que me acerqué a la poesía, a los 16 o 17 años, intenté escribir letras de canciones que tenían un aire del folclore argentino y los tangos, que sonaban en secreto en mi walkman. Mis amigos escuchaban Soda Stéreo, y yo todo el día con Atahualpa Yupanqui, José Larralde, Gardel. Había cierto orgullo en esa soledad. A medida que encontré mi fuerza en la palabra, mi lado musical se fue apagando, los versos empezaron a defenderse solos, ya sin guitarra ni melodía. Fui juntando mis textos en una carpeta y empecé a deambular leyéndolos en ciclos de poesía y en el taller literario de Grillo della Paolera, que me enseñó a escribir en versos endecasílabos y alejandrinos. Cuando escuché leer a poetas de la generación del 90, con un estilo tan suelto, cotidiano y coloquial, me sentí anacrónico y antiguo con mis versos medidos, mis metáforas del mundo natural y hasta mis poemas donde usaba el *tú* en lugar del *vos*.

De todas formas, seguí yendo a escuchar. Imprimía y encuadernaba a mano mis propios libros y regalaba algunos ejemplares. Mandaba poemas a suplementos literarios y revistas.

A los 20 años leía a Whitman, a Neruda (sobre todo, su *Residencia en la Tierra*), a Lorca, a Francisco Madariaga, a Olga Orozco, a Enrique Molina, a Gironde, a César Vallejo, a Dylan Thomas. Me interesaban las vanguardias del siglo XX, Picasso, el cubismo y la pintura de todas las épocas, desde los frescos minoicos a Caravaggio. Quería meterme con mis poemas dentro de esa dimensión emocional y plástica creada por el arte. Presenté mi carpeta en un concurso de poesía y gané un tercer premio que era la plata justa para pagar una edición. Fueron apareciendo los viajes en mis poemas, el movimiento, la naturaleza, el mundo animal, mis tiempos de mochilero místico, cierto vitalismo, una especie de afirmación de la identidad. Parecía estar diciendo *acá estoy, estoy en las palabras, soy este asombro*. Había en esos poemas una búsqueda, una apertura, me desprendía de un catolicismo más social que religioso, y entraba en la espiritualidad laica del arte. Las palabras pasaron a ser casi más palpables que la realidad.

Publiqué *Tigre como los pájaros* a los 25 años. La editora me pasó una lista de poetas a quienes enviarle el libro por correo y me dijo: «Tachá los que te voy diciendo porque están muertos». Por suerte el gran Joaquín Giannuzzi estaba vivo. Me respondió al envío de mi libro con una carta que todavía conservo donde me hablaba de mis poemas con generosidad, me dejaba su teléfono para que lo llamara y terminaba diciendo: «Reciba un abrazo de este viejo poeta (más viejo que poeta)».

Al poco tiempo, empecé a trabajar coordinando talleres, dando cursos de redacción en empresas y estudios jurídicos. Pagaba impuestos, iba al centro en subte todos los días, almorzaba solo en restaurantes ruidosos. La poesía se me puso un

poco más urbana y oscura. Nació mi hijo. De pronto mi mundo animal, mi imaginario nerudiano y cósmico no me servía más para hablar de lo que me pasaba. Tuve que hacerle preguntas a la poesía. Esa pregunta que siempre me salvó: *¿Cómo digo esto?* La pregunta misma ya es en sí la palabra manifestándose, buscando su camino. También indagué en el lenguaje, poniéndolo en duda, viéndolo por momentos como algo insuficiente y ya premeditado por otros, algo que había que intentar romper para alcanzar una expresión propia, pero todavía no sabía cómo hacerlo. En un departamento, de noche, el mundo real me rodeaba, una vida de responsabilidades y un derrumbe nacional. En ese remolino urbano fue saliendo *Consumidor final*, donde la poesía de Giannuzzi me ayudó a acercarme a la experiencia de lo que él llama *la época*.

Ya había publicado una novela y un libro de cuentos y me sentía como un doble agente: entre narradores callaba mis poemas y entre poetas callaba mis cuentos y novelas. No se cruzaban los géneros. Pero algo pasó en esos años con el surgimiento de las editoriales independientes. Las dinámicas, siempre medio tribales, de lecturas y encuentros de los poetas, se empezaron a trasladar al mundo de los narradores. En esos cruces empecé a conocer a algunos poetas anfibios, que también escribían prosa y me sentí menos solo. A las editoriales independientes se les sumó además el surgimiento de los blogs, que crearon una sensación de comunidad literaria. En esos circuitos me animé a expresar un lado mío que todavía no había encontrado su cauce, una faceta amordazada por mi lirismo formal. Mientras avanzaba con una novela larga, escribía al margen unos sonetos donde todo valía, siempre y cuando sucediera dentro de las reglas del soneto clásico: catorce líneas de versos endecasílabos en estrofas rimadas. Ahí dentro podía detonar la tensión entre la égloga y lo guarro. No inventé nada. Francisco

de Quevedo ya lo había hecho hacía siglos. Pero me entusiasma cruzar *el dulce lamentar de los pastores* con lo que veía por la calle, hacer chocar con fuerza al Siglo de Oro contra la Era del Plástico. No pensaba publicarlos, pero a Santiago Vega (mi amigo Cucurto) le gustaron y los editó en Eloísa Cartonera, con el título de *Pornosonetos*. Para desmarcarme de mi nombre y por pudor, los firmé con el seudónimo de Ramón Paz. El soneto con su maquinita de diálogo entre presente y pasado, entre tradición y lengua viva, me captó por completo. Mis contradicciones encontraron ahí un lugar donde colisionar.

Para los números de la revista *Orsai* de 2012 me había comprometido a escribir una historia por entregas, como un folletín. Días antes del cierre del primer número, no me salía nada. Tenía en la cabeza una trama breve: a un grupo de amigos escritores que está jugando al fútbol los levanta un reclutamiento forzoso del ejército y se los lleva a pescar surubíes gigantes al Río de la Plata. Yo estaba pasando por un momento personal complicado. No lograba ni empezar. ¿Cómo escribir en prosa esa historia que tenía en la cabeza? En la desesperación intenté escribirla en verso, al modo del *Martín Fierro*, pero en lugar de usar la sextina de Hernández, decidí probar los sonetos como si fueran estrofas. Fue un alivio y un descubrimiento para mí. Lo que entraba ahí dentro era lo que quedaba en la historia, comprimido en esa condensación de sentido que solo permite la poesía. La forma del soneto funcionó como si estuviera escribiendo con amigos: yo sugería una idea y la métrica y la rima no solo me soplaban al oído una manera posible de decirlo, sino que también recortaban y apartaban, sin conflicto, todo lo que no fuera esencial a ese río de palabras. Así salió *El gran surubí*, una novela en verso. Aprovechando la música del soneto que tenía tan incorporada, escribí un capítulo por semana. Confluían, por primera vez para mí, en un mismo texto las aguas

de la narrativa y de la poesía. Fue la única manera de escribir esa pesadilla en su deriva de camalotes.

No sé bien en qué año escribí *Cipriano*, pero me acuerdo de un mediodía en que estaba esperando el colectivo en una avenida y, cuando miré el cielo enorme con nubecitas desparrramadas, me acordé de él. Me atravesó un cariño despejado, inmenso. Si recordar quiere decir que algo vuelve a pasar por el corazón, entonces eso fue lo que me sucedió: Cipriano volvió a pasar por mi corazón. Arriba del colectivo me puse a escribir con lápiz el poema, en el reverso de varias hojas del trabajo. Lo conocí en los años ochenta en Entre Ríos. Se llamaba Cipriano Palavecino. De alguna manera el poema empieza donde termina *El gran surubí*, entre los sauces del Litoral. Alejandro Crotto lo incluyó en el número 26 de la revista *Hablar de poesía* y Gustavo López lo publicó en una plaqueta bajo el sello Lux en 2017.

Pasados los 40 años, volví a escribir canciones. Recuperé la idea de melodía, que había dejado de lado tanto tiempo atrás. Volví de a poco a la guitarra, a los octosílabos, las chacareras, las zambas, los tangos, las milongas. Todo eso que había estado como dormido en mí. Empecé a tocar con Rafa Otegui y a componer con él. Formamos un dúo que se llama Pensé que era viernes. Grabamos un disco y también escribí letras para otros músicos. *Milonga para mis muertos* reúne canciones y poemas escritos a lo largo de una década. Para diferenciarlos, pongo los poemas en redonda y las canciones en cursiva. Algunas canciones están grabadas y a las demás, por ahora, habrá que imaginarles una melodía, al menos hasta que las grabe en un próximo disco. Los poemas, creo, tienen algo del viajero que ya quiere ir volviendo al fuego de su casa. *Un acordeón azul* es una despedida al hijo de Cipriano, Oscar Palavecino, que murió a los 79 años en Gualeguay.

A veces para arrancar la escritura de una novela, lo que quedó callado y amontonado en el pecho reclama ser dicho primero, antes de la prosa más lógica y narrativa. Entonces me salen unos párrafos medio fuera de control, donde a veces termina hablando una voz que no sé de dónde viene. Me gusta la palabra *chúcaro* de origen quechua y usada en Sudamérica. Significa salvaje, no domesticado, difícil de domar. Los *Párrafos chúcaros* nacen de un disfrute por la lengua castellana, la lengua física y rioplatense, pronunciada en voz alta con todo el cuerpo. Son variaciones en torno al extrañamiento verbal, impulsos de un lenguaje medio arisco y huraño, que surge cuando me peleo con la prosa plana. Intentan explorar qué hay más allá, donde el lenguaje parece empezar a romperse.

Desde esa frontera inquieta, entre el silencio y la palabra, entre el cielo y el barro, a los 55 años, entrego este libro. ¿Qué sería de mí sin la poesía, sin la fuerza verbal que me animó a salir al mundo y me dio una conciencia, una mirada y una cantidad de buenos amigos?

PEDRO MAIRAL

Tigre como los pájaros
1996

Desde el café

Revuelvo mi café
y le doy fuerza al día con lentas espirales.
Se echan a andar las horas
desde ese sol formado en el impulso.
Gira la espuma tibia del alba de las calles,
gira el amplio fragor en la mañana,
doblan los colectivos de colores
que viajan hacia el centro
del negro remolino,
rodean el azúcar y las plazas,
toman la curva, suben las mujeres
con sus ojos enormes y se bajan
perdiéndose en la rueda de los vientos.
Se desenrosca así la madrugada,
desde la taza arranca
para mezclar las vidas,
los pálidos oficios que pesan en las manos
por la ciudad redonda, gira y gira
y la espiral se expande
desde el café, la luz del movimiento
que enreda la jornada
da vueltas alejando la sombra de la tierra,
hace rodar los astros,
un gesto circular
que inicia la torsión del universo,

revolver el café, dar cuerda a la galaxia.
¿Acaso la cuchara de Dios indiferente
gira en el zumo oscuro del espacio?

Ofrenda

Tengo la edad en la que mueren los caballos,
la edad en la que el árbol
se ofrece entero al cielo.

Mi miedo es una fauna secreta que me busca,
del mar soy solo un número de olas.

Tengo dientes y penas y zapatos,
tengo una fiesta eterna que a veces me convoca.
Yo no sé cuántos soles le quedan a mi pecho,
pero sé que ha sido bueno vivir y alzo estos años
como una ofrenda ardiendo.

Por encima del toro de sombra de los días,
por encima del asco y el miedo y los espejos,
he llegado hasta aquí.

Tan lejos de los dioses

El hombre, tan omnívoro y callado,
metiéndose en la ropa, atravesando
hileras de botones que se abren
o patíbulos, puertas o tristezas,
bajando en ascensores al invierno,
bostezando, subiendo a colectivos
que pegan coletazos de colores
en todas las esquinas, detestando,
viajando entre sus prójimos lejanos,
tan frágil, vertical, embotellado,
tan buscador, tan lejos de los dioses,
trasnochado mamífero embustero
que emana de la boca de los subtes,
que fuma, tan mendigo del asombro,
tan rey cuando le lustran los zapatos,
tan peatonal y bípedo sin cielo,
regresando con tráfico en las venas,
cautivo en geometrías y zumbidos,
soñando alcantarillas, despertando.
Tan asfáltico, el hombre, tan urbano.

Silbido oscuro

Vengo detrás de mí, muy cerca,
espiándome este andar
sobre adoquines azules.

Las almas de los linyeras muertos de pulmonía
se juntan en azoteas a recordar el vino.

Y silbo el armazón de un canto flaco,
el alma de un perro flaco
que ondula como un papel
en las crines negras de la noche.

El cielo oscuro del asfalto de una esquina,
poblado de astros como chapitas
que los mozos del bar desparramaron
desde sus bolsillos musicales.

¿Dónde esconde mis muertes la ciudad?,
ciudad echada, ciudad torpe,
ciudad de papelitos que atraviesan
el esqueleto de una feria de domingo.

Me rodea el alcance de mi silbido
y he tomado mucha vida, demasiada,

en unas damajuanas espesas
que me han dejado, así,
descalzo entre los versos.